

www.puntodelectura.com/es/

IKER JIMÉNEZ

Camposanto

punto de lectura



Título: Camposanto

© 2005, Iker Jiménez

© Santillana Ediciones Generales, S.L.

© De esta edición: octubre 2006, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 84-663-1825-9

Depósito legal: B-37.679-2006

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de cubierta: Eduardo Ruiz

Ilustración de cubierta: *El jardín de las delicias* (detalle del Infierno)

por El Bosco (1450-1516)

Museo del Prado. Madrid. Oronoz / Cover

Diseño de colección: Punto de Lectura

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

IKER JIMÉNEZ

Camposanto



¿Qué ve, Jerónimo, tu ojo atónito?

¿Qué la palidez de tu rostro?

¿Ves ante ti a los monstruos y fantasmas del infierno?

*Diríase que pasaste los lindes y entraste en las moradas del Tártaro,
pues tan bien pintó tu mano cuanto existe en lo más profundo del averno.*

Inscripción real en el único retrato de Hyeronimus van Acken.

Grabado de Lapsonius, 1572.

Monasterio de San Lorenzo de El Escorial

1598

1

Las últimas noches de Felipe II fueron terribles. La alcoba estaba repleta de reliquias protectoras, de fémures y clavículas negruzcas, de cráneos desdentados de santos que habían sido comprados con fervor ante el lento avance de la muerte. El fiel consejero quiso adecentearlas, limpiarlas, quitarles la mugre que presentaban. Sin embargo, el rey se negaba a restarles propiedades; temía algo y no le afectaba el hedor de aquellos restos humanos que se balanceaban silenciosos colgando de los cortinajes.

Su efecto de escudo contra el mal era lo único que parecía importarle.

—Dicen que el *perro negro* ha regresado...

El padre Atienza negó con la cabeza sin dejar de mirar al suelo. Luego, con un hilillo de voz, intentó explicarle que aquello eran sólo habladurías, leyendas propias del populacho inculto y fantasioso. Pero el monarca insistía...

—No tengáis duda de que las sombras de los herejes me esperan al otro lado para atormentarme. Es su venganza.

El fraile, queriendo alejar al rey de aquellos pensamientos delirantes, le deslizó la Biblia a través de la sábana

hasta la mano izquierda, cadavérica y llagada, pero aún con fuerzas para cerrarse en un puño. Sin mirarla siquiera, la apartó suavemente con los nudillos y prosiguió su angustiosa confesión.

—Cuando el fin está próximo él vaga por esos riscos... ya lo ha hecho otras veces y lo he visto a través de los ventanales. Es ése, ése de ahí.

Su dedo señaló justo al frente, hacia uno de los cuadros que había ordenado adquirir cinco años antes, desoyendo a los expertos que sintieron unánime desagrado ante aquellas composiciones. En el esquinazo inferior de uno de los trípticos aparecía, oscura como la noche sin luna y tan famélica que parecía esqueleto cubierto de piel, una alimaña con largas manos humanas. Como si quisiera abandonar el lienzo, miraba a través de su único ojo redondo y azul mientras devoraba las entrañas de un cristiano que suplicaba clemencia.

—Nunca debí haberlo hecho. Ellos, desde entonces, aguardan ahí, entre dos mundos, en su territorio, sabedores de que mi momento tiene que llegar muy pronto...

Atienza temió la nueva visita del fantasma de la fiebre y, sin mediar palabra, extrajo de una palangana varias cataplasmas frías que colocó en la frente del enfermo. Sobre ellas, a modo de amuleto, un hueso menudo y tan encorvado como los oxidados garfios marineros: la falange incorrupta de un mártir.

—Majestad, durante este tiempo siempre habéis defendido la única fe verdadera del peligro de los falsos profetas. Yo tengo la certeza de que esa esforcada labor os será recompensada en el Paraíso por Nuestro Señor

Jesucristo. Podéis entregar vuestra alma sin temor alguno.

Los dedos que aún gobernaban el Imperio se tensaron y, en un esfuerzo supremo, llegaron a coger con rabia la larga sotana:

—No sabéis de qué estoy hablando. ¡No lo sabéis!

El grito hizo que el monje se encogiera instintivamente, como un animal asustado.

—Hasta dentro de estos aposentos le he llegado a ver. ¿No entendéis?

Le costaba hablar y su boca pareció desencajarse por lo forzado de la mueca...

—Se transforma en un niño... Un niño recién salido de su tumba prematura, con tierra en el pelo, las uñas negras y los dientes podridos, esperándome paciente ahí... Ahí mismo...

Y allí miró el consejero, al punto preciso donde aquellos ojos acuosos se dirigían una y otra vez, para encontrarse sólo con lo evidente: los cuadros del artista loco, del plasmador de delirios que con el extraño poder de sus obras parecía haber hipnotizado al hombre más poderoso de la tierra. Las pinturas, que se mostraban desde hacía una semana todas juntas formando una gran cruz, habían sido traídas de diferentes salones siguiendo instrucciones muy precisas del monarca, con el fin de crear un tenebroso mosaico frente al lecho de muerte.

—He escuchado ya los avisos, las carcajadas, las voces retumbando en mi cabeza. Sólo pretenden debilitarme para que llegue indefenso ante ellos. Por eso no puedo abandonarme al sueño ni por un instante. Sé con

certeza que a través de esa oscuridad, por breve que sea, se adentrarán en mi alma... Por ello debo reunir mis últimas fuerzas para seguir en esta vigilia cristiana, haciéndoles frente y acostumbrándome a los espantos que me aguardan en el Más Allá.

—Bien sabéis que es mi sagrada obligación velar vuestra enfermedad. En honor a esa labor, aunque os contradiga, debo deciros que llevo de guardia seis noches y os puedo asegurar que en estos aposentos no ha pasado nada que...

—¿Acaso desautorizáis mi palabra? ¿Osáis insinuar que estoy perdiendo la cordura?

Tras el furioso estallido, la calma volvió a apoderarse de la habitación como si nunca se hubiese producido la conversación. El moribundo, cada vez más hundido en el almohadón, luchaba por no entornar la mirada, siempre clavada en el corazón de aquella tabla central. Así llegó el más absoluto silencio.

—Majestad, ¿apago el candil?

No respondió con palabras, sino con una negación repetitiva moviendo la cabeza. Un gesto de miedo.

Fue ya muy entrada la madrugada cuando el religioso notó cómo la respiración del rey se aceleraba. La repentina agitación le sacó del estado de duermevela en el que se había sumido, echándole hacia atrás y casi haciéndole perder el equilibrio sobre la silla.

—Majestad, ¿qué os ocurre...?

La mirada de Atienza también se tiñó de pavor. Ahora las dos coincidían en la misma dirección y daba la impresión de que...

—¿Quién anda ahí?

Fue tan sólo un segundo, un reflejo, una ensoñación de los sentidos abotargados por la larga espera. ¿Qué podía ser si no aquella figura oscura, carente de rostro, que se aproximaba lentamente a los pies de la cama, cada vez más cerca, con los brazos en alto y las negras manos muy abiertas?

El monje, descompuesto, abandonó la habitación dejando a Felipe II inmóvil en mitad del inmenso tálamo. Caminó aprisa, con el crucifijo aferrado entre las manos y dispuesto a atravesar el pasillo repleto de cuadros que, observados a través del temor, parecían transformarse y variar su gesto como si estuviesen sometidos a algún influjo maligno.

Al llegar a la biblioteca, suspiró aliviado al encontrar en la última mesa a un hombre menudo, con poco pelo y anteojos, leyendo un grueso libraco abierto de par en par.

—Lo ha vuelto a ver y en esta ocasión juraría que yo...

Benito Arias Montano, científico erudito y astrólogo, se puso el índice en los labios obligándole a cortar en seco la frase. A pesar de su abandono del monasterio hacía nueve años, retirado como eremita a unas cuevas del sur, había sido requerido por la Inquisición para expurgar de ciertos libros prohibidos aquel templo del saber que él mismo había erigido tiempo atrás. Tras el obligado regreso siempre, o al menos eso creía, había un censor del Santo Oficio pendiente de sus pasos, confundido entre los estantes, detrás de las puertas corredizas o en la discreta penumbra que nunca iluminan las antorchas. Desde hacía un tiempo estaba convencido de que lo adecuado en torno a ciertos asuntos era actuar con suma

cautela y jamás alzar la voz. Pero Atienza no podía contenerse.

—Era una figura que como un fogonazo se presentó allí y...

—No siga, pues conozco de sobra la experiencia —replicó con tono cortante y mirando a ambos lados sin disimulo.

—¡Dios misericordioso! Surgió de pronto... Mis ojos lo han visto como ahora le contemplan a usted.

—¿Ha avisado a la guardia?

Negó presa del pánico, con las manos repiqueteando sobre la mesa por el temblor incontrolado, aún sorprendido por la frialdad de aquel hombre.

—Mejor. Por cierto, ¿le hizo saber la existencia del pergamino?

—Sería fatal para su estado... Lo mejor es que vaya al encuentro del Paraíso sin conocimiento de ese espantoso detalle. Después de lo que he visto... Hasta yo mismo dudo de que todo fueran delirios. ¡Santo cielo! ¿Estaremos perdiendo el juicio?

Besó el cristo de marfil con devoción y se levantó dispuesto a regresar a la alcoba. Antes de alejarse, Arias Montano dijo algo casi susurrando:

—Todo tiene que ver con lo vivido hace seis años. Y no sé si hacemos bien omitiendo la llegada de ese manuscrito. No deberíamos guardar un secreto así a nuestro rey.

—Pero ¿y si sólo se tratase de un bromista macabro?

—No sea iluso, padre; lo que el jinete anónimo tiró al Jardín de los Frailes hace seis noches en el preciso

instante del cambio de centinelas es cosa muy seria. Son *ellos*, y han vuelto desde las sombras. Tal y como prometieron aquella tarde aciaga.

—Pero ¿me confirma que usted llegó a ver la rúbrica antes de que se destruyese el documento?

—Con mis propios ojos y un instante antes de que la guardia lo arrojase a la chimenea. Allí estaba el inconfundible emblema de los herejes, advirtiéndonos a todos.

—¿A todos?

—Sí, a los que propiciamos aquella atroz matanza de hombres, mujeres y niños.

Disuelta la reunión clandestina, subió el fraile a los aposentos del rey quizá con el objetivo de narrar aquel extraño episodio que, por temor, había pretendido obviar hacía menos de una semana.

Fue justo en ese momento, poco antes de enfilear la última hilera de peldaños, cuando creyó escuchar —en mitad de la negrura— una risa. La inconfundible carcajada de un niño que se alejaba como un mal sueño. Aceleró su carrera y al abrir la puerta de par en par se dio de bruces con la visión de la faz del monarca. Tenía la boca quebrada en un gesto de dolor y los ojos abiertos aún clavados al frente, reflejando el inconfundible color de la muerte.

Todo había ocurrido muy rápido, aprovechando la breve deslealtad de su ausencia.

El 13 de septiembre de 1598, a las cinco de la mañana, el cirujano regio Victoriano Morgado firmó el acta de defunción. Lo que la historia oficial jamás ha

querido revelar es el tumulto ocurrido media hora antes. El galeno tuvo que reclamar la inmediata presencia de los tres alguaciles del comedor con el fin de sujetar a un padre Atienza que fue sorprendido encaramado a uno de aquellos trípticos. Iba provisto de una daga en su mano derecha y tenía la mirada inyectada en sangre.

Benito Arias Montano, alertado por el escándalo, vio cómo reducían a su amigo tumbándolo en la alfombra mientras gritaba con rabia palabras que carecían de sentido para el resto. Desde el suelo, echando espumarajos y presa de la histeria, no dejó de vociferar como si estuviese dirigiéndose al mismísimo demonio:

—¡Hay que acabar con ellos! ¡Están todos malditos...! ¡Han regresado...! ¡Hijos de Satanás!



Yo buscaba a un reportero muerto en 1977.

En realidad, buscaba su historia. Perseguía desde hacía tiempo las claves de un suceso que, por los vaivenes de este oficio pegado a la actualidad, siempre quedaba eternamente pendiente. Como si nunca fuese el momento.

A veces, enfrascado en otros libros y proyectos, cerraba los ojos con fuerza y volvía a imaginar su cara flotando en la oscuridad. La nariz aguileña, el pelo lacio y largo, la expresión ausente. Era la imagen que descubrí un día en el interior de una vieja revista, el rostro de aquel que llegó a ser un importante locutor de radio y de quien todos se olvidaron como si nunca hubiese existido.

Aquel de quien nadie hablaba... El mismo cuyo nombre provocaba que se hiciese el silencio antes de que la conversación entre veteranos colegas del gremio pasara a otra cosa. A veces, muy pocas, se decía algo en voz baja. Pero siempre para peor:

—La locura... El genio... Acabó casi como un mendigo...

—Maligno. Incluso cruel... Tenía un carácter tan difícil...

—Sus alucinaciones... Qué oportunidad perdida.

—El más grande hasta... El fracaso.

—Estaba siempre allí... Tenía algo que atemorizaba. Era capaz de cualquier cosa...

—Lo tenía todo... Y lo perdió todo.

—El alcohol, las mujeres... Fue *delirium tremens*.

Quizá porque me dedico a la radio, porque me entusiasma el periodismo de lo insólito, o por la extraña fascinación que a veces ejerce el inesperado fracaso del triunfador, intenté, durante años, hacer acopio de todo lo que escribió, fotografió y dijo. Nunca lo conseguí, pues la mayor parte del material se había perdido para siempre, pero con cada pequeño logro, con cada nueva pieza a modo de grabación magnetofónica de su mítico programa o incluso con cualquier artículo suelto ya amarillado por el tiempo, regresaba el deseo de saber qué fue de él. De conocer su triste final.

Y entonces imaginaba aquella estampa silenciosa, haciéndose a un lado de la habitación, aguardando como quien dispone de todo el tiempo del mundo. Alto, delgado, las manos siempre metidas en ese gabán raído y oscuro.

Sí, allí estaba siempre él: Lucas Galván, el reportero de lo desconocido. El mejor de todos cuantos se han dedicado a este oficio.

—¿Ha dicho Hyeronimus van Acken?

—Eso mismo. ¿De qué se sorprende?

Dar un vuelco al corazón. Ése debió ser el diagnóstico preciso de lo que sentí en mi interior. Fue una tarde, recién iniciado el otoño, cuando hice esa primera llamada a Sebastián Márquez y supe, con esa certeza infalible que nos guía y que algunos llaman instinto, que había

empezado ya a caminar hacia las sombras de la historia prohibida.

Un minuto antes de esa respuesta telefónica caminaba por la Cuesta de Moyano y sus casetas de libros viejos. Acudía en busca de Cándido, uno de los más veteranos bibliófilos de Madrid, siempre rodeado de esos incunables que en ordenado desbarajuste llenan su puesto de madera casi hasta el techo.

Fue el primero a quien enseñé el folio que había conseguido en Barcelona tras desembolsar una importante suma de dinero y allí estuvo mirándolo con mucho interés. Sin embargo, no era aquélla una operación de compra-venta, ni aquel papel podía compararse en modo alguno con sus piezas de museo. Lo que yo solicitaba era el asesoramiento de un experto, un consejo, una pista.

—¿Y esto quién dices que lo hizo? —me dijo desbrochándose su bata azul y sentándose en el taburete que algunas veces sacaba al exterior.

—Bueno, eso no importa mucho, lo que me interesa sobre todo son estas siglas de aquí, estas que se repiten... A lo mejor se refieren a alguna obra antigua que tú conoces.

—El anciano —respondió tras pasar la lupa por toda la superficie— me recuerda a algunos libros de demonología del siglo XVI: el *Martillo de las brujas*, el *Malleus maleficarum*... Ya sabes, igual es una copia, bastante mala por cierto, de lo que aparece en esos grabados. Quien lo trazó no era buen dibujante...

—Ya. ¿Y esto? ¿Puede tener que ver con alguno de tus libracos? ¿Te dicen algo las iniciales?

Cándido puso un mal gesto, dejando claro que no tenía ni idea. Sin embargo, cuando ya me iba y él comenzaba a enredarse con un cliente, algo debió de cruzársele por el cerebro iluminando los recuerdos en el último instante. Se levantó y, disculpándose ante el posible comprador, caminó a toda prisa serpenteando entre la gente hasta darme alcance.

—Toma este teléfono —dijo sofocado tras la breve carrera—, es de un buen experto en simbología. Ha editado muchos libros de arte, siempre para minorías. Es de total confianza y esto seguro que le puede sonar mucho más que a mí...

Nada más recibir el trozo de papel cuadriculado tecleé los dígitos en mi móvil. A Sebastián Márquez no le sorprendió mi llamada. Por fortuna, iba de parte del librero más ilustre y eso le debió de dar tranquilidad. Sin más preámbulos, le hice partícipe de mi gran duda:

—¿Sabe quién puede ser HVA? ¿Hay alguien conocido con esa firma?

Así comenzó esta historia... Pero antes, claro está, es necesario explicar cómo había llegado aquel misterioso papel hasta mis manos.

En un piso del Ensanche barcelonés, Ramón Gisbert, quien fuera el último director de la mítica revista *Universo*, puso en mis manos un texto que jamás llegó a la imprenta. Supe que estaba allí por el chivatazo de un miembro de la redacción, quizá algo resentido, que trabajó en aquel medio de comunicación en un día ya lejano.

—El viejo se lo guardó todo en su casa. Y *aquello* también.

Dos folios. En realidad, más que una crónica, se trataba de una retahíla de frases aparentemente inconexas, escritas a máquina con una vieja Olivetti y acompañadas de algunos documentos gráficos —unos en blanco y negro de apariencia más antigua y dos *polaroid* instantáneas a color— adosados con un clip.

Honestamente, yo esperaba más a tenor de los crípticos comentarios de algunos compañeros. Pero eso era todo.

Oficialmente, las dudas sobre el estado mental del autor, sus problemas constantes con el alcohol y su despido inmediato provocaron que el *dossier* quedase en su día enclaustrado, abortado en un cajón de aquella oficina situada en el subsuelo y que hoy, sin que nadie recuerde

las exclusivas que desde allí se lanzaron al mundo, es un centro de estética dirigido por dos señoritas rusas.

Tras el hundimiento de la publicación, Gisbert había mantenido en su domicilio todos los restos de aquel naufragio de papel, hasta llenar con ellos un armario aparcado en su trastero. Entre ellos, como algo muy personal, se escondía el último artículo de su mejor y más polémico reportero. Algo que, muy a mi pesar, parecía decidido a llevarse a la tumba.

Con setenta y cinco años, pensionista y conectado cada tres horas a una bombona de oxígeno médico, se negó en redondo a aceptar los billetes que puse sobre su mano.

—Esto no tiene por qué interesar a nadie —dijo sin apartar la vista de los euros que aún seguían sobre mi palma.

Por fortuna, quien sí parecía dispuesta al trueque era su mujer. Avanzando por el pasillo con su bata de guatiné, farfulló que aquello sólo era basura y que ya era hora de desprenderse de todo por la mala suerte que les había traído. Ella se refería también a los archivadores, a las carpetas, a las diapositivas. A todo lo que se hallaba encerrado en el armario.

—A ver, ¿cuánto te ofrece el joven por esos papelajos?

Noté que les hacía falta el dinero y reconozco que me sentí violento mostrando aquella cantidad. Recuerdo que él repitió esa misma palabra, «¡Basura!», entre dientes y dirigiéndose a mí. Eso es difícil olvidarlo.

Con su pelo blanco cortado a cepillo y mostrando una permanente cara de odio, no le enterneció un ápice mi arenga de joven periodista de otra generación que

confesaba admirarle. No me creyó. Al revés. Sus ojos mataban en silencio.

—Tú llevarías pañales cuando aquí hacíamos periodismo auténtico. No te compares.

Hasta el último momento, con expresión de derrota, sostuvo aquel sobre viejo contra el pecho. Me apenaba, pero yo no podía quitar mi vista de aquel rectángulo de papel sucio, como si en ello me fuese la vida. La ecuación era muy sencilla: él no me lo quería dar... y yo no me iba a ir de allí con las manos vacías.

—Estoy dispuesto a doblar la oferta si usted me cuenta todo lo que pasó. Ayer, por teléfono, estaba prácticamente de acuerdo.

La mandíbula apretada le vibraba, como si fuera un perro guardián que quiere soltar la dentellada contra el intruso que viene a robar lo que no es suyo. Al final, ante la presión de su encorvada esposa, me dio lo que yo tanto deseaba, acompañando la entrega con una particular posdata personal.

—Para que te cuente lo que sé... no hay dinero en el mundo. Y ahora vete de aquí.

Ella contó el dinero y Gisbert, aún respirando fuerte con la boca abierta, se negó a pronunciar una sola palabra sobre él, sobre su recuerdo, ni siquiera para desmentir las leyendas que circularon en el gremio y que a buen seguro eran obra colectiva de envidiosos y mediocres. Todo era silencio en torno al autor de aquel último artículo interrumpido.

Cerró la puerta muy despacio y me solicitó, mientras le escuchaba correr el cerrojo desde el otro lado, que jamás volviese por allí.

Al bajar las escaleras de cuatro en cuatro me dio la impresión de que le había robado una parte del alma. ¿Tan importantes y reveladores serían aquellos escritos? ¿O la clave residiría en el puñado de fotografías?

Aquella noche, en un discreto hotel de la misma zona, desplegué sobre la cama y bajo la luz de la mesilla las notas manuscritas. Las leí en voz baja y sentí que aquella investigación volvía a cobrar sentido. Que ni el tiempo, ni el olvido, ni los tristes sucesos que acontecieron y que nadie quería recordar podían impedir que yo continuase su labor truncada sumergiéndome treinta años después en aquellas frases llenas de angustia que nadie comprendió.

Tras la huella de Adán
Por Lucas Galván

Ningún ser humano debería ver lo que yo he visto, ni siquiera saber de ello. Y si ya lo ha visto, lo mejor sería que muriese pronto.

Mis investigaciones están llegando a su recta final. Ya sé por qué el pueblo condenado quedó en la sombra. Sé quiénes lo habitaron y quiénes impidieron por la fuerza del fuego que las almas puras llegasen a su auténtico paraíso.

Fue la venganza de las manos blancas.

Todas mis suposiciones han acabado conduciéndome a una certeza que sólo puede ser comprendida por unos pocos. Atrás quedan los escritos sin valor, los sucesos cotidianos, las disputas y la envidia de los críticos. Sólo importa la gran misión, la

única que realmente merece la pena, la que me ha hecho aprender de la luz y las tinieblas. La que, después de tantos años de búsquedas, me ha dado por fin evidencias para no dudar jamás.

Ellos eligieron la comarca por sus condiciones idóneas. Esas que sólo saben percibir los iniciados y no los falsos profetas. Descubrí, gracias a la involuntaria ayuda de personas que allí vivieron una serie de experiencias, que ése era el auténtico lugar de poder. Las dos fotografías lo mostraban sin margen de duda. Ellos, por pura ignorancia, sintieron temor ante esas figuras que son capaces de asomarse a nuestro miedo. Esa reacción es humana; sin embargo, la primera impresión sólo es la puerta. Al vencer el pavor y realizar las fórmulas precisas, lograremos atravesar el umbral del prodigioso túnel de luz.

Todo me demuestra que el dolor permanece y vuelve, nos refleja su enseñanza si conocemos la clave. Por eso se alzaron templos remotos en los epicentros del ensueño y se dieron las normas para que nada se olvidase. La Iglesia quiso borrarlos de la faz de la tierra y El Maestro HVA, viajero de los abismos, cronista de las oscuridades del alma, los resucitó cuando nadie lo esperaba. Su contacto definitivo en las catacumbas es la clave de esta verdad antigua y nueva.

Reivindicar su labor mágica es mi cometido a partir de este instante. Que se traslade a los hombres del futuro a través de mi testimonio, mi sagrada misión.

La falsa cruz creía que habían erradicado la verdad pura, cercenándola a sangre y fuego con sus apócrifas palabras y leyes divinas; pero entonces surgió el hombre que concentró todo el conocimiento perdido y los desafió. Lo hizo de tal modo, con tan maravillosas visiones, que otros muchos después de él pudieron seguir la tarea. Los Hermanos Electricistas del pasado

también aportaron su luz con la triple llamada para invocar al retrato que nos espera. Bebieron de los códigos y pudieron recrear el espejo de las ánimas. Así hasta hoy. Hasta mí.

Ahora, desarraigado y mísero, no me muero porque camino hacia la última verdad. Aquella que ni la peste mentirosa que las sotanas inventaron pudo borrar de esta tierra. La triple llamada, en las circunstancias propicias, me permitirá caminar hacia el Más Allá con paso firme y a la búsqueda de un conocimiento nuevo para así convertirme en un auténtico hombre-árbol que observa el transcurrir de todas las dimensiones desde su atalaya.

Ya parto hacia las dimensiones eternas.

Y a partir de aquí, una serie de letras sin sentido ni conexión hasta completar el folio. En la parte de atrás aparecía una quemadura de cigarro en la esquina superior derecha, algunas marcas de bolígrafo —que parecían bordear la silueta de su propia mano— y, finalmente, unos números sueltos. Hileras de dígitos en el reportaje delirante de un hombre que —oficialmente— se volvió loco y desapareció.

Adán, dios padre del mundo puro que se perdió.

Con esta frase se ponía punto final, en el reverso, a aquel breve trabajo que, por razones obvias, no se publicó nunca. A lápiz, en un lateral, el boceto de una cara arrugada de alguien muy mayor tocado con un extraño sombrero. Lo más curioso es que del cuello nacían raíces y ramas gruesas que casi llegaban al límite de la hoja.

Al sacar las fotos que acompañaban al papel me sentí intranquilo. Una de ellas era una vieja iglesia derruida parcialmente. Detrás, a bolígrafo, una anotación:

Ermita de San Miguel, epicentro de una serie de fenómenos que tiñeron de sangre todo el valle durante el pasado siglo. Hasta aquí llegaron las influencias de El Maestro.

Dentro de lo que cabe, ése sí era un documento «lógico», incluido por el reportero y acompañado de un pie de texto para poder ser insertado en la publicación. Lo anómalo residía en las otras instantáneas en color, dos *polaroid* obtenidas en un lugar que parecía un cementerio abandonado.

¿Qué demonios era aquello? ¿Qué había visto aquel hombre en sus últimos días?

Dejé todo sobre la mesilla, apagué la luz y mirando fijamente las sombras del techo, que cambiaban de forma una y otra vez con el pasar de los coches en la calle, intenté conciliar el sueño. A las cinco y cuarto de la madrugada —así lo atestiguaban las manecillas fluorescentes de mi reloj—, algo me hizo dar un brinco.

—¡Dios mío!

¿Ponía realmente aquello o se trataba de una confusión por la apresurada lectura? ¿Acaso lo había escrito con sus propias manos profetizando su final? ¿Y cómo no me había percatado antes de aquel signo?

Me incorporé de golpe y encendí la lamparilla a tientas. Tomé de nuevo el sobre enviado desde Toledo en 1977 a la dirección de la revista *Universo* y lo giré

para observar mejor el remite, con la tinta algo embo-
rronada.

Allí, en el breve espacio de la solapa triangular y sin
poner ninguna dirección, el propio reportero había es-
crito su nombre y le había añadido algo:

Lucas Galván (†)

